

BERLINESES

ABEL FERNÁNDEZ-LARREA



Edición: Duanel Díaz Infante
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Abel Fernández-Larrea, 2016

© Sobre la presente edición: Casa Vacía, 2016
Primera edición: Ediciones Matanzas, 2013

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798878976831

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

JETLAG

Julio. Despertar a media tarde. Abrir los ojos lentamente y con esfuerzo, como una puerta que se resiste. La luz. Groserías. Dolor en la pupila. En el reloj las dieciséis horas. Cálculo. Las cuatro de la tarde y el cuerpo una raíz hundiéndose en las sábanas. Erguir la raíz. Los pies sobre la madera del suelo. Inconsistencia de los pies, debilidad de la carne, vacío en el estómago. Necesidad de agua a veinte grados en contacto con la piel. Luego un bocadillo o algo que haga el paripé del mientras tanto. El cuerpo se adhiere a la materia. Do de pecho. El *homo erectus* debió sufrir lo suyo. Y así sucesivamente.

El baño es una estación del metro. Solo falta la sangre entre los azulejos. El espejo del lavamanos sigue haciendo falta, como hace falta acabar de regresar de Praga, de un viaje que ya dura demasiado. El agua, aproximándose a la pureza. Eso sí, el agua en Praga era menos agua y más óxido. Una ducha, una ducha y después la coherencia. Despertar de una vez. Regresar de Praga de una vez. Olvidar. El agua cae en ángulo de treinta grados sobre el cuerpo, borrando el sueño, llevándose más células en coma, más polvo del Moldava. Respirar. Transpirar.

Secarse al viento. El mundo entero un secadero de almas. Un escenario. ¿No se trataba todo de eso, acaso? Máscaras y decorado. Decoró. Demasiada saliva en vano. Parar la mente. Ir en pos de algo que haya recién salido de la nevera.

Leche. El cartón suda al contacto con la mano. Una o dos neuronas se despiertan. El pulso aún fuera de control. El cartón cae al piso derramando lactosa. El charco sobre la madera. El reflejo de un rostro que aún duerme. Pero no hay reflejo. El reflejo se ausenta. Donde debiera estar el rostro solo hay una lámpara de techo. Buscar el ángulo. Un centímetro a la izquierda: lo mismo. No hay reflejo. Se niega, se oculta del cuerpo. Tampoco hay sombra. Sin embargo hay cuerpo, son las cuatro y media, el sueño ya se ha ido y la ciudad está detrás de la ventana. Interrogación. Terror que va venciendo al desconcierto. Y si, ayer, si en Praga. Pero la ventanilla del avión, los vidrios del aeropuerto, los escaparates de Leipziger Strasse. Pero también la falta de atención, la cabeza en otra parte. El alma en la Malá Strana y los pies en Friedrichshain. La vida sigue estando en otra parte. El cuerpo es solo un títere del cuerpo. El mundo un escenario. ¿Y en Praga? ¿Era así también? Hay quien piensa que no, que algunas cosas son auténticas. Pero esas también representan, también llevan disfraces de carnaval, también usan afeites. ¡Ay, Hamlet! “La naturaleza nos da una cara...” ¿Y acaso no basta con eso? ¿No era la cara el reflejo del alma? Pero, entonces, ¿qué es el reflejo del cuerpo? ¿No es su rostro? Y un rostro, ¿no es acaso una máscara? ¡Oh, Turandot! “El pueblo de Pekín...”. ¿Y el de Praga? Pero Praga está lejos, varias

muertes atrás... El pueblo de Praga... Alguien en la Staré Město que debe estar usando ahora una sombra y un reflejo ajenos, alguien que quizá los perdió antes, en otro sitio. El pueblo de Pekín. Desvarío. Aria sin rumbo. Da capo. Hace falta vestirse urgentemente, salir a la calle y encontrar una sombra y un reflejo. Pronto. En el rastro se encuentra de todo. Pero primero un café, a ver si el cuerpo se espabila.

La noche tardará en caer. En la calle aún hay quien saca a caminar su sombra. Pedir una prestada no lo justifican ni las circunstancias. No tener una mancha que lo siga a uno es como haber vendido el alma al diablo. Uno es un marginal, un apestado. Solo cabe esperar que nadie note la ausencia, arrimarse a un peatón sin prejuicios e ir tirando. Alexanderplatz está a unas calles, pero ahí hay más gente. En el metro, sin embargo, hay más luz y la luz elimina las huellas de un cuerpo sin su doble. Izquierda en Karl Marx Strasse, la boca del metro. Sumergirse en las tinieblas de las lámparas de flúor. Y Editra Gruberová la Reina de la Noche. El metro. Las puertas se cierran. La línea U7 rumbo a Hermannplatz. Los pasajeros no hacen más que mirar sus reflejos. Hay que cambiar de vagón constantemente, como un pulsar y el principio de la incertidumbre. Manon Lescaut raptada pero fiel. Hermannplatz. Línea U8. Otra vez un pulsar de vagón en vagón. Schönleins-trasse. KottbusserTor. Moritzplatz. Heinrich Heine Strasse. Jannowitzbrücke. Alexanderplatz. El mercado de las pulgas de Hackescher Markt.

Hacerse el distraído mirando entre las perchas. Buscar en los canastos algo que se asemeje al éter, a una oscuridad de pared de ladrillo. En el mercado de pulgas de Berlín aún se conservan las mismas máscaras de Praga. Una vez fue todo un mismo decorado. Uniformes. Sombras en la sombra. Hay cierta ropa de uso que se acerca a la penumbra. Se puede ir arrastrando un trapo y hacer caer a los incautos. Ese alter ego a noventa grados que suele dar un peso a lo que intenta ser espiga puede sustituirse por una manta con cierto antropomorfismo. Pero la imagen. El reflejo es espontaneidad, un títere sin hilos. El títere de un títere. Pero, ¿quién es el amo? Siempre hay hilos, ¡cómo no! Todo es juego, la seducción salvaje de la carne y el cuchillo. Sin hilos nada corre, nada baila bajo la luz del foco. El títere es manipulado y a su vez manipula a su auditorio, con sus gestos graciosos y su final reverencia. Pero el hilo se pierde. No hay hilo, no hay reflejo. Es necesaria una tarjeta de presentación, un recuerdo de la ausencia. Este es el señor M. ¡Encantado! Si se ha perdido el hilo hay que buscar al amo. Hay que implorar. Uno mismo puede ser una sombra, pero el reflejo... El retrato del cuerpo. Cómo hacer que un gemelo se aparezca en todo vidrio, en cada rebote de luz. Esos secretos nadie puede guardarlos salvo los amantes de las antigüedades. No tiene caso, nada puede hacerse pasar por un eco del cuerpo.

De vuelta al metro, entonces, con el rabo entre las piernas. Pensar en el claustro. “Nessundorma...”. “Addio del passato...”. La catedral de Santa Eduvigis,

el hábito y la luz de las candelas. Dios sabrá perdonar, y quizás restituir. Hackescher Markt... Friedrichstrasse... Unter den Linden. Ir a la catedral a confesar que ayer, en Praga, se nos perdió un apéndice. Pudiera ser también que el diablo, que allí vive, dé unas monedas por un alma sin sombra y sin reflejo. Mefistófeles espera. La función debe continuar. Varsovia, Berlín, Praga, tres actos de una misma comedia. Unter den Linden: el bulevar bajo los tilos. Bebelplatz con exceso de sombras. El aplomo de los edificios. La irregularidad tomada por regla. El silencio. El polvo trepidante. La tarde que desciende y las campanas.

Y, de repente, desde la ópera de la ciudad, un reflejo sonríe detrás de una ventana.

NOCHES BLANCAS

La vida de estudiante es muy dura, así que cada noche me voy hasta el metro y hago la línea completa del U7. El metro es una experiencia mística, solo comparable con la exaltación que produce ver *Nekromantik* a los veinte años. Someterse como víctima de sacrificio al subterráneo en Rudow, y emerger inmaculado en Yorckstrasse, en Wilmerdorfer o en Rathaus Spandau, está más allá de los viajes iniciáticos que los antiguos tuvieron siguiendo el curso de ríos antropófagos.

Debo aclarar que estudio religiones animistas en la Universidad Humboldt y que, hasta hace dos meses, soñaba con ser espectador participante de alguno de esos ritos primitivos en los que el alma del brujo se traslada al cuerpo de un gallo o al de un infeliz sumiso. Es que, desde chico, todo lo que tenía que ver con magia me ponía la carne de gallina, pero también me excitaba sobremanera. Por eso tal vez elegí para vivir un piso en cuyos bajos hay una tienda de artículos religiosos, fabricados en Tailandia, pero inspirados en los originales amazónicos o nigerianos. Y por eso también viajo en metro, porque siempre estuve convencido de que en las

entrañas de la tierra hay todavía fuerzas que exceden nuestra comprensión, y que, quién sabe, quizá un día me tocaría a mí experimentarlas.

El otoño y la primavera son buenas estaciones para viajar en metro, pero no hay como el principio del estío, cuando la noche es más corta y todo el ambiente tiene ese aire de irrealidad que llena la vigilia de una ciudad cosmopolita. Un día, a la altura de Möckernbrücke, tuve una revelación. Andaba escuchando el sonido del tren contra los rieles cuando, como un murmullo muy quedo, escuché palabras, palabras reales. Comprendí de golpe que los ruidos que hacen los objetos –inanimados o artificialmente animados– es su voz, su modo de comunicar disgusto, alegría, ideas, historias. Todo tiene un alma, y esa alma se expresa por caminos misteriosos. Próximo a las lágrimas y profundamente conmovido me bajé y fui hasta Unter den Linden, para salir al mundo como un iluminado y caminar por el bulevar y ver gente y sentirme menos solo.

Lo que más me ha interesado siempre, sin embargo, es la gente que viaja en el metro. Se puede encontrar lo mismo un asesino en serie que un héroe de cómic, un ama de casa cuarentona o un santaclaus borracho. Desde que hago esto de la línea U7 completa, me fijo en las caras de la gente, en sus expresiones, en su conducta. Quizá, sin yo saberlo, un día me encontraba al chamán que cambiaría mi vida para siempre.

Y justo hace dos meses, por el solsticio, monté a la U7 en la estación de Neukölln y, en medio del viaje, por Bismarck, un hombre con pinta de padre de familia cayó al suelo delante de todos. Mientras se asfixiaba, alguien

gritó si había un médico y rápidamente surgieron de la multitud tres enfermeros y un capellán que tosía todo el tiempo y les indicaba a los otros lo que debían hacer. Al hombre lo bajaron en la parada siguiente, y yo me quedé en el metro con los pasajeros poco osados y los comentarios. En la otra parada me senté, porque ya el vagón se vaciaba, y entonces reparo en una chica negra sentada enfrente de mí, justo a espaldas del hombre que se desplomó minutos antes. La miro, porque era como una de esas muñecas labradas en madera por manos maestras, con unos labios muy sensuales y unos ojos de bruja, y la piel toda bruñida como una noche tranquila. Ella comienza a ponerse nerviosa y a mirar de reojo con la cabeza baja, y a la primera oportunidad se levanta y se baja en la parada del botánico, dejando atrás una bolsa marrón que traía. Me levanto yo también, para recoger la bolsa y devolverla, pero el tiempo que paso tomando una decisión es suficiente para que ella desaparezca de vista y la puerta del metro se me cierre en las narices.

Así que sigo mi viaje con la bolsa, y en Spandau cojo el U7 de regreso a casa, pero sin poder hacer otra cosa que pensar en la madera hipnótica de algunos árboles del África. Al llegar a casa, me preparo un café bien fuerte y bien negro sin despertar a mi compañero de piso, y me siento a fumar mirando la bolsa de reojo. Cuando ya no puedo más soportar, la cojo y la abro, casi como un violador desesperado abre la blusa de una mujer a la que ha estado siguiendo toda la noche. Al meter la mano, con esta violencia, la primera cosa que recibo es la punzada de un objeto afilado, y junto con la mano sangrante saco un muñeco de tela blanca con una aguja

clavada en la garganta, como para asfixiar a un infeliz a distancia. Me lavo la mano, y por si acaso al día siguiente voy a ver a una bruja que me echa un conjuro protector. Desde entonces, nunca salgo a la calle ni cojo el metro sin un amuleto de colmillos de cocodrilo africano que he comprado en la tienda de los bajos.

ÍNDICE

Jetlag / 7

Noches blancas / 13

Klassenfeind / 17

Naïf / 21

Checkpoint Charlie / 23

Leche descremada / 29

Topografía del terror / 33

Un día en la vida de Daniel Horowitz / 41

Östalgie / 67

Manuscrito encontrado en Alexanderplatz / 73